



## Domingo II de Pascua

Las lecturas de la Palabra de Dios muestran hoy de diversas maneras cómo el encuentro con el Resucitado cambia la vida de las personas y, por extensión y a largo plazo, la historia de la humanidad. Ya nada es como antes. Jesús no está muerto, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf. *Nm* 14,21-28; *Dt* 5,26, *Jos* 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y es el “hoy” eterno de Dios.

El encuentro personal con el Resucitado nos hace también a nosotros sentir ahora la realidad de la victoria de Dios sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte y sobre todo lo que oprime la vida y le da un rostro menos humano.

Un primer reflejo de esta victoria del Resucitado lo encontramos en el relato de los Hechos de los Apóstoles. La vida de los nuevos discípulos causaba admiración entre la gente; y más todavía los signos y prodigios que obraban los apóstoles en nombre y con el poder de Jesús resucitado. Ellos acercan a todos el triunfo del Viviente.

También Juan, desterrado por haber dado testimonio de Jesús, recibe el consuelo y la fortaleza de la visión del Resucitado, para anunciarlo por escrito a las iglesias de Asia en un libro. Como los primeros anuncios de la resurrección, también esta visión del Resucitado comienza con la llamada a superar el temor. Y a continuación se enumeran los motivos. “*No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo*”.

El mensaje de la victoria del que vive por los siglos de los siglos va dirigido a cada uno de nosotros. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Señor nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura; y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Aceptemos entonces que Jesús Resucitado entre en nuestra vida, acojámoslo con confianza: ¡Él es la vida!

A cuantos hasta ahora han estado lejos de él, los llama a dar un pequeño paso y les asegura que los acogerá con los brazos abiertos. Al que es indiferente, lo invita a arriesgar, porque no quedará decepcionado. A quien le parece difícil seguirlo, le dice: no tengas miedo, confía en mí, ten la seguridad de que yo estoy cerca de ti, estoy contigo, y te daré la paz que buscas y la fuerza para vivir como el Padre quiere.

En el Evangelio de este domingo segundo de Pascua tiene un lugar relevante el Apóstol Tomás, ausente durante la primera aparición del Resucitado, e incrédulo ante el



testimonio de los hermanos. Pero cuando el resucitado se muestra por segunda vez está presente, y llega a creer plenamente adhiriéndose con todo su ser al Señor de la vida.

En su experiencia, **Tomás expresa perfectamente el difícil itinerario recorrido por los primeros discípulos hasta llegar a la fe pascual**: ésta no es el fruto de una exaltación religiosa o una alucinación psicológica, sino de la victoria de Jesús resucitado sobre las dudas y los temores que paralizan a sus discípulos. En este sentido, **el Evangelio de hoy nos indica un camino para llegar a creer en el Resucitado**, aquel que siempre viene y permanece en medio de nosotros, ofreciéndonos la paz y dándonos el Espíritu Santo; y esto ocurre en particular cuando nos reunimos en la asamblea eucarística dominical, tiempo y espacio en el que se encuentra la máxima manifestación del misterio de la comunidad cristiana.

En los días siguientes a la muerte de Jesús los discípulos se encuentran en casa, replegados sobre sí mismos no sólo *“por miedo a los judíos”*, sino también porque han permanecido esclavos del miedo a la muerte (cf. Hb 2, 15); con todo, están abiertos a la esperanza por el anuncio de María de Magdala, que asegura: *“He visto al Señor”* (Jn 20, 18).

Jesús toma la iniciativa y se manifiesta presentándose *“en medio de ellos”* como el Señor que viene; infunde en sus corazones la paz, precisamente mostrándoles los signos de su pasión. Jesús está vivo, pero el haber sufrido hasta la muerte no puede dejar de tener consecuencias, y por esto las huellas de la pasión quedan indelebles en su cuerpo espiritual (1 Cor 15, 44.46), transfigurado por la resurrección.

Soplando después sobre los discípulos, con un gesto que recuerda la creación primera del hombre y los recrea en su espíritu de nuevo (cf. Gn 2, 7), haciéndolos pasar de la muerte a la vida (cf. Ez 37, 9), el Resucitado **les comunica el Espíritu. Así los habilita para la única misión esencial: perdonar los pecados**, perdonar en nombre de Dios a todos los hombres. La Iglesia, en efecto, da testimonio de la resurrección de Jesús anunciando y realizando entre los hombres la remisión de los pecados. Para ello, había entregado su vida en la cruz, como el mismo Señor expresó claramente al instituir la eucaristía: *“Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”* (Mt 26, 27-28).

*“Ocho días después”*, por lo tanto el siguiente domingo, el día del Señor, Jesús se manifiesta de nuevo a los discípulos. Esta vez está presente también Tomás, de nuevo unido a la comunidad regenerada por el Espíritu del resucitado y capaz de anunciar la resurrección. Era precisamente este anuncio el que Tomás se había negado a creer, contraponiendo su necesidad de pruebas ciertas: *“Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”*. Tomás no se fía de sus hermanos, quiere tener un acceso directo al Señor; y el Señor mismo, con infinita paciencia, se le acerca y le invita a contemplar las señales de la muerte: *“Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi*



Carlos López Hernández

*costado; y no seas incrédulo, sino creyente*". Entonces el discípulo llega por fin a comprender y exclama: "*¡Señor mío y Dios mío!*", confesión de fe que no tiene igual en todo el nuevo Testamento.

Al igual que a Tomás, a nosotros también nos cuesta llegar a la fe en la resurrección. Él no necesitó "*meter el dedo*", y sin embargo tuvo que ver con sus propios ojos; pero, gracias a él, Jesús pronuncia su última bendición: "*Dichosos los que crean sin haber visto*". Los destinatarios de estas palabras somos nosotros, los lectores del Evangelio.

En efecto, la declaración final del Evangelio de Juan nos asegura que algunos de los muchos signos hechos por Jesús "*se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre*". Es la invitación a *hacer memoria* del encuentro con Jesús, de sus palabras, sus gestos, su vida; y esta invitación es parte del mensaje pascual de los ángeles a las mujeres: "*Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar*" (Lc 24, 6-7). Este recordar con amor la experiencia con el Maestro, hizo a las mujeres superar todo temor y llevar la proclamación de la Resurrección a los Apóstoles y a todos los otros discípulos (cf. Lc 24,9). De la misma manera, cada uno debemos hacer memoria de lo que Dios ha hecho por mí, por nosotros; hacer memoria del camino recorrido. Y esto abre el corazón de par en par a la esperanza para el futuro. Aprendamos a hacer memoria de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas, para que experimentemos la dicha de creer, sin haber visto, que Jesús es el Hijo de Dios; y creyendo tengamos vida en plenitud, que se hace vida eterna.

Por tanto, **somos llamados a experimentar la dicha de quien ve a Jesús con los ojos de la comunidad cristiana, reunida el día del Señor y escuchando la Palabra de Dios.** La comunidad y la Escritura actúan junto con el Espíritu Santo para crear una comunión de vida que es el corazón de la eucaristía: el Espíritu vivifica a la Iglesia, convirtiéndola en cuerpo de Cristo, y da vida a las páginas de toda la Escritura, convirtiéndolas en palabra viva de Dios y testimonio del Señor Resucitado.

El Espíritu, la Palabra de Dios y la comunión del Cuerpo de Cristo nos hacen sentir hoy la dicha de haber encontrado al Señor y de confesar con el apóstol Tomás: "*Señor mío y Dios mío*".